



Universidad de Oviedo

Facultad de Filosofía y Letras

Trabajo Fin de Grado

La sociedad española de preguerra en *Central eléctrica*, de Jesús López Pacheco

Autora: Marina Aramburu Valle

Tutor: José Leopoldo Sánchez Torre

Grado en Lengua Española y sus Literaturas

2019/2020

Oviedo
6 de julio de 2020

Índice

1. INTRODUCCIÓN	2
2. CONTEXTO LITERARIO	2
3. JESÚS LÓPEZ PACHECO: BIOGRAFÍA	6
4. <i>CENTRAL ELÉCTRICA</i>	8
4.1. CONTEXTUALIZACIÓN	8
4.2. ESTRATIFICACIÓN SOCIAL Y RELACIONES DE PODER	9
4.3. SOCIEDAD EN EL ÁMBITO RURAL	11
4.3.1. <i>Alta sociedad, roles y estatus</i>	11
4.3.2. <i>Campesinado: protagonista colectivo</i>	15
4.3.3. <i>Campesinado y naturaleza</i>	17
4.3.4. <i>El papel de la mujer</i>	19
4.3.5. <i>Atraso ético y material</i>	22
5. CONCLUSIONES	27
6. BIBLIOGRAFÍA	29

1. Introducción

El objetivo principal de este trabajo es analizar el reflejo literario de la sociedad de una España previa a la Guerra Civil en la novela *Central eléctrica* (1958) de Jesús López Pacheco. Este análisis nos ofrece una visión detallada del enfrentamiento entre el progreso técnico y las distintas clases sociales en los días anteriores al estallido de la guerra, y presenta una descripción de la vida en el ámbito rural de España. Para esto será importante tanto tener un contexto histórico sólido sobre nuestro objeto de estudio como conocer los rasgos biográficos de un autor comprometido con la realidad contemporánea de España.

De esta forma, el trabajo estará estructurado en tres apartados con sus correspondientes subapartados: en primer lugar, un contexto literario que servirá como marco para el objeto de estudio; en segundo lugar, un breve estudio biográfico del autor; y, por último, se procederá a realizar un análisis más exhaustivo sobre *Central eléctrica*.

En este análisis se estudiará detalladamente la estratificación social presente y característica en la novela, así como diversos rasgos de la sociedad en el ámbito rural: se comenzará por una caracterización de la alta sociedad, continuando con las diferencias entre esta y el campesinado y la función de la sociedad rural como protagonista colectivo; más tarde se profundizará en la relación del campesinado con la naturaleza y el papel de la mujer en el ámbito rural; por último, se realizará una lectura sobre el atraso ético y material de la sociedad campesina.

2. Contexto literario

Para situar nuestro objeto de estudio en un marco espaciotemporal que nos sirva de contexto, comenzaremos por una revisión general de los aspectos más importantes de la narrativa de la posguerra.

Las obras en prosa de la modernidad, menciona Gonzalo Sobejano, se diversifican en un repertorio de posibilidades delimitado por dos polos teóricos: novela testimonial y novela poemática –prosa “realista” y “modernista”–. Añade que

el denominador común de la novelística española que entre los años 1940 a 1960 logra ejemplos más estimulantes no es otro que la aludida voluntad de hacer de la

novela más un trasunto de la existencia histórica en sus condicionamientos sociales que una obra de arte exhibida como producto autónomo del ingenio de su hacedor (Sobejano, 2013: 101).

El realismo, sin embargo, es una tendencia que rebrota siguiendo los intereses del hombre, bajo ciertas circunstancias y determinadas situaciones históricas: momentos de dolor, injusticia o desengaño respecto a ciertos ideales anteriores (De Vicente Hernando, 2011: 21).

Teniendo esto en cuenta, será necesario tomar en consideración los eventos históricos que ponen un punto en el transcurso de la historia y, por tanto, en la literatura, para realizar un repaso sobre la misma. Tras finalizar la Guerra Civil, durante el desarrollo de la Segunda Guerra Mundial y los primeros años de posguerra –años 40 a 50– la evolución literaria se rompe al no poder continuar con la narrativa social de los años 30 debido a la prohibición del franquismo.

Obras publicadas en ese período como *La familia de Pascual Duarte* (1942) perfilan, con una especial preocupación psicológica, un mundo de posguerra desde una perspectiva más inclinada al pesimismo y al existencialismo, reflejo del miedo a vivir y morir en un marco histórico como el de esta etapa. Sin embargo, en la década siguiente se abandona esta visión para plasmar en la novela la realidad de la sociedad española. Con estilo sencillo y nuevas técnicas de escritura, el contenido crítico y testimonial es el que impera.

A partir de los años 50 comienzan a publicarse narraciones de la vida cotidiana en forma de novela, documentaciones del paso del tiempo con un rasgo nuevo y característico: el protagonista colectivo. Es este el nacimiento de la prosa con el calificativo “realista”. Obras como *Nada* (1945) de Carmen Laforet o *El camino* (1950) de Miguel Delibes son las novelas que marcan el camino al neorrealismo. Se trata ahora de una novela cuidada estilísticamente, pero sin denuncias sociales explícitas.

En 1951 se publica *La colmena*, obra que será el principal nexo entre la novela de preocupación existencial y la social. Desde este año hasta 1962 se fecha, en palabras de Gonzalo Sobejano (2003: 101), un nuevo clima histórico que amparó varios eventos: en 1953 se lleva a cabo el concordato entre el Estado español y la Santa Sede, cediendo a la

iglesia numerosos privilegios y aumentando el reconocimiento internacional del régimen franquista.

En ese mismo año, se firman también los llamados “Pactos de Madrid” entre España y Estados Unidos, con los que el régimen abandonó el aislamiento internacional en el que estaba sumido desde 1945, y, en 1957, el Plan de Estabilización que tuvo como consecuencia la apertura al capital extranjero. Todo esto alejó a España del comunismo occidental y sumió al país en una política tecnocrática que tuvo consecuencias como el éxodo del campo a la ciudad, avances del Opus Dei, revueltas estudiantiles o escasez de viviendas para la población. Esta situación supone, en definitiva, una huida de intelectuales y profesionales fuera de España.

Hay que añadir a esto la fuerte represión social que se estaba viviendo desde el final de la Guerra Civil: con la derogación de la legislación republicana y la creación de una nueva, se prohibieron los partidos políticos; además, la comunicación, al igual que la enseñanza, se transformó con la intención de “servir a la patria”, a las mujeres se las instó a permanecer en el hogar dedicadas a la educación de sus hijos bajo los preceptos de la religión católica, etc. (Eiroa San Francisco, 2012: 10).

Los novelistas ahora se muestran más alejados de la psicología individual y, caracterizados por un realismo más objetivo y con una gran perspectiva de clase, serán partícipes de una nueva corriente: “novela social”.

A diferencia de las narraciones previas, cuentan ahora con una tónica protestataria e inconformista, y la preocupación estilística se abandona en pro de un uso constante de diálogos y acción (Sordo, 1978: 40).

Por esta simplicidad estética, los autores del realismo crítico fueron despectivamente denominados “generación de la berza”. Con una apática visión lanzada desde la vida cosmopolita –y probablemente con la intención de alejarse y crear barreras con los denominados “pueblerinos”–, confunden, menciona López Pacheco, “lo sencillo, lo rural, lo popular con lo vulgar, identificando cuanto es urbano [...] con la elegancia, el refinamiento y la modernidad” (López Pacheco, 1982: 344). Sin embargo, una vez despojada la expresión de su connotación vulgar, la berza no es más que una representación de la vida del pueblo español, de la vida del campo, de la realidad.

Es oportuno en este punto mencionar la función, eficacia y licitud de la novela social, tildada por algunos críticos de inútil cuando los temas que se presentaban en ella comenzaron a ser publicados en prensa. Se defiende López Pacheco ante estas críticas alegando que de ninguna manera queda invalidada la literatura de intenciones sociales por la prensa, dado que

la prensa y los medios de difusión, en los países donde se supone que hay libertad de palabra, casi siempre están controlados por monopolios [...] que más que informar, desinforman: la prensa libre sólo es libre para el que tiene una, como dijo no sé quién (López Pacheco, 1982: 346).

Escribe en su epílogo a *Central eléctrica* que jamás ha tenido la ilusión de que una obra literaria pueda cambiar la sociedad, sino que simplemente ha aspirado a que sus obras puedan ayudar a cambiarla. Él asegura, no obstante, que es consciente de que se trata de una contribución pequeña y mínima e incomparable con la eficacia bélica o política (López Pacheco, 1982: 347).

Así, la literatura realista, como veníamos diciendo, se compromete a ofrecer a su lector un conocimiento profundo y detallado de la realidad en todos los ambientes, no solo acerca de lo rural y obrero, sino también sobre lo mesocrático.

Añade a su texto Pacheco:

Sucede, sin embargo, que a los critibas¹ e ideólogos próximos o dependientes de la ideología dominante les molesta que la literatura proponga un conocimiento profundo y total de la realidad o de algunos de sus aspectos que la clase en el poder se esfuerza por mantener desconocidos o mal conocidos [...] Una clase ascendente ataca siempre con la realidad; una clase descendente se defiende siempre con la irrealidad, con mitificaciones e idealismos, en buena parte readaptados de la vieja clase a la que ella misma derrotó (López Pacheco, 1982: 347).

Esto es un buen ejemplo de lo que encontraremos en la obra que nos concierne: la realidad. Un realismo que el autor concibe de una manera amplia, dentro del que incluye numerosas técnicas e incluso introduce la imaginación. “No creo que el realismo deba ser una copia fotográfica de la realidad. Los elementos [...] imaginativos en *Central eléctrica*

¹ Realiza López Pacheco una reflexión y distinción en su epílogo entre diversos tipos de críticos –critibas, criticanos, criticantes...–. Para él, un critiba es a crítico, lo que un escriba es a escritor. Sin entrar en caracterizaciones de ninguna de las categorías, añade que todas ellas implican un cierto grado de proximidad y dependencia respecto a la ideología dominante (López Pacheco, 1982: 347).

son escasos, y el realismo es el que se suele llamar tradicional” (en Durán de Cogan, 1985: 37), menciona Pacheco. Finaliza manifestando que la función principal de su obra es presentar una sociedad en términos críticos.

3. Jesús López Pacheco: biografía

Antes de introducirnos en el tema de estudio, y para una mejor comprensión, revisaremos los puntos clave de la biografía del autor. Nacido en Madrid en 1930, el rumbo de su infancia se vio dependiente del oficio de su padre, obrero montador de centrales eléctricas. A los numerosos cambios de domicilio siguió un asentamiento definitivo en 1936 en la capital española.

Con diecinueve años comienza los estudios de Filología Románica en la Universidad Complutense, en contra de los deseos de sus padres de que estudiara una carrera técnica. Finaliza su licenciatura con una tesis sobre Pedro Salinas y, en 1952, con solo 22 años, presenta al Premio Adonais numerosos poemas, logrando el accésit y publicando así su obra *Dejad crecer este silencio* el año siguiente.

Recuerda Ignacio Soldevila Durante, compañero y amigo de López Pacheco, que “en octubre, al entrar los estudiantes de quinto año de Filología Románica en las aulas, llevábamos todos bajo el brazo un librito titulado *Dejad crecer este silencio*” (Soldevila Durante, 2011: s.p.). El éxito de su primer poemario fue altísimo.

En 1954, antes del último año de carrera, se alista en el Servicio Universitario del Trabajo (SUT), iniciativa impuesta por el régimen de Franco que pretendía facilitar una aproximación entre los estudiantes y el mundo obrero, pero que en muchos casos –como en el de nuestro autor– resultó contraproducente, pues las rutinas experimentadas en este servicio funcionaron como acercamiento a los sectores de oposición a la dictadura. Consistía en una experiencia en campamentos de verano desarrollando actividades de obreros no cualificados en sectores como agricultura, minería o, en su caso, pesca.

Jesús López Pacheco se traslada a Cudillero, donde adquiere el cargo de jefe de campo. Este alistamiento y las experiencias vividas junto a los pescadores asturianos serán un nuevo estímulo que lo lleva a decantarse por una literatura más cercana al social-realismo. Así, tras dos años de escritura, finaliza en 1955 la novela *Central eléctrica*, que presentará al Premio Nadal en 1957. A la espera del fallo del jurado, forma parte de la

organización del Congreso Universitario de Escritores Jóvenes, cuyos colaboradores se vieron finalmente involucrados en las revueltas estudiantiles de ese mismo año por ser considerado un acto de subversión. Pacheco es arrestado e ingresa en la cárcel, costándole esto el primer puesto en el Premio Nadal.

Central eléctrica, no obstante, se publica en 1958 y adquiere gran éxito con el tiempo. La novela alcanza decenas de miles de copias y es traducida a numerosos idiomas. En esta novela muestra abiertamente una conciencia socialista y un gran compromiso con la realidad española.

En 1961, inspirado en la solidaria y difícil experiencia en Asturias, publica su segundo poemario: *Mi corazón se llama Cudillero*. Por otro lado, debido a su pasado en prisión, Pacheco es censurado en las imprentas españolas y su trabajo pasa a Italia, donde publica *Pongo la mano sobre España*: poemario experimental en cuyo prefacio explica la trayectoria que siguió desde el esteticismo existencial hasta la conciencia y humanización. Las continuas referencias a la vida sometida por la dictadura en España supusieron su censura. Publica ese mismo año un tercer poemario, *Canciones de amor prohibido*.

Contando con cada vez más problemas a la hora de editar sus obras en España, durante los años 60 sigue trabajando como traductor y, además, escribe como cronista para el periódico sueco *Expressen*. Es en el año 1968 cuando, tras cinco años de escasa actividad literaria, López Pacheco se da cuenta, con la repentina suspensión de una lectura pública de sus poemas, de que lo mejor será emigrar. Así, con treinta y ocho años, esposa y tres hijos, solicita trabajo en Canadá y emigra a Ontario, donde trabajará como profesor de español en la Universidad de Western Ontario. Menciona su amigo y compañero Ignacio Soldevilla que

su manera de escribir puede resumirse en una constante búsqueda de un realismo global, en el que se asimilen y adaptan todas las nuevas técnicas, todos los descubrimientos y osadías estéticas de las vanguardias literarias [...]: todo lo que pueda ser aprovechado para enriquecer y potenciar la eficacia de ese realismo total será materia útil y utilizada (Soldevilla Durante, 2011: s.p.)

Pacheco continúa con su obra y con la publicación de esta en editoriales extranjeras: primero su novela corta *El hijo* (Lima, 1967), a la que seguirá *La hoja de parra* (Méjico, 1973), que apenas pudo ser recibida en España. Tras la publicación de su

último libro, *Ecólogas y urbanas* (1996), Jesús López Pacheco fallece en 1997. En el año 2002 se publican, ya póstumas, su novela *El homóvil* y su única antología poética: *El tiempo de mi vida*.

4. *Central eléctrica*

4.1. Contextualización

Menciona López Pacheco en las notas finales sobre *Central eléctrica* que solo Ignacio Soldevila logró situar correctamente la novela en su contexto histórico. Pese a no mencionar en ningún momento el año en el que se ubica la obra, la construcción de la central eléctrica puede recordarnos al primer franquismo, entre los años 1939 y 1959, periodo en el que tantos pueblos quedaron inundados en toda España. Mencionaba Francisco Franco en su discurso en la inauguración del pantano del Ebro en 1952: “Nos dolía España por su sequedad, por su miseria, por las necesidades de nuestros pueblos y de nuestras aldeas, y todo ese dolor se redime con estas grandes obras hidráulicas nacionales” (en Swyngedouw, 2015: 239). Tampoco es ilógico relacionar la novela con este régimen sabiendo que el padre del autor era obrero de profesión, su trabajo consistía en implantar centrales eléctricas durante los años de la dictadura.

Sin embargo, aclara López Pacheco, la novela está situada poco antes del estallido de la Guerra Civil, y es al comienzo de esta cuando la obra finaliza. No se menciona explícitamente, pero se puede adivinar en base al

episodio del cruce de la caravana de los camiones que llevan a obreros y técnicos con sus familias, muebles y utensilios, y la caravana militar. Es como una premonición poético-simbólica de la guerra civil [...] El coche de las dos caravanas representaba, en mi intención, el enfrentamiento de la épica del trabajo y la tradicional épica militar, con correspondencias muy claras en la sociedad contemporánea (López Pacheco, 1982: 349).

Situamos la novela, por tanto, durante los últimos días de la Segunda República. La estructura del Estado entonces era muy dispar en todo territorio. Por una parte, los jornaleros del centro y sur del país estaban en una situación mucho más desafortunada que los obreros industriales. La sociedad rural vivía en un entorno de gran atraso y el analfabetismo llegó al 33% de la población. Sin embargo, existieron numerosas propuestas de cambio y avance, de acercamiento al progreso que procedían “de las clases

medias urbanas progresistas republicanas, de los intelectuales y artistas, y del proletariado industrial y agrícola vinculado al socialismo y al anarquismo” (Montagut, 2017: s.p.).

Durante la Segunda República existió un gran choque entre la tradición y el progreso, prevaleciendo un gran sentimiento de desconfianza por parte de la España más rural hacia las nuevas ideas. Veremos a continuación cómo es el reflejo de esta sociedad en *Central eléctrica*.

4.2. Estratificación social y relaciones de poder

El punto clave de la novela radica en su estructuración en torno a la fuerte relación de poder entre la clase dominada –campesinado–, y la dominante –alta sociedad, en este caso formada por ingenieros y altos cargos–.

El modo de presentación de la denuncia de las condiciones laborales de la clase obrera es precisamente lo que ha llevado a la obra y, en general, al realismo social, a ser criticado por ser una simplificación maniquea de la realidad en base a personajes estereotipados. Por otro lado, y como comprobaremos más adelante, la caracterización de los dos grupos de personajes deja claro de qué parte se posiciona el autor (Valle Detry, 2011: 31).

Este acercamiento a la clase obrera es común y recurrente a lo largo de toda la obra de López Pacheco, incluso en su corpus poético. Es a mediados de la década de los 50 cuando la poesía de Pacheco se comienza a inclinar hacia el realismo crítico y deja atrás la ligera influencia surrealista con la que contaban sus primeros poemarios.

Así, escribe, orgulloso, homenajeando a su padre obrero: “Padre obrero: de tu trabajo vengo, / de tu ascensión a mano dura y dura / por la vida”, “más orgullo que el mío, pocos hijos / pueden tenerlo por su origen” (“A mi padre”); al trabajo manual de los pescadores en alta mar: “¡Ay! Pescadores curvados... / vacía salió la red. / Curvados, los pescadores, / la van a echar otra vez” (“La mala pesca”). Escribe en defensa de lo rural, del campo, de la siembra: “Las ciudades –en efecto– / deberían haberlas construido / en medio del campo, / pero sin destruirlo” (“Urbana”); y, con resentimiento y tristeza, a Franco en “Deshonras fúnebres por Francisco Franco”: “Vencedor de la guerra más hermosa y más triste, / paciente destructor de vida y corazones, / héroe negro de España,

héroe de sangre fría, / capitán general de las ejecuciones. / [...] Quede tu nombre, pues, al frente de sus páginas / para que nadie olvide nunca tu triste nombre”.

Serán, una vez más, los obreros y campesinos los protagonistas de la obra. Este antagonismo protagonizado por su oposición a las clases más adineradas es el punto central de *Central eléctrica*. Veremos cómo se manifiesta.

En primer lugar, es importante mencionar que, al contrario de lo que cabe esperar debido a las críticas recibidas, “el enfrentamiento no se reduce a una oposición entre hombres malos y hombres buenos. Al contrario, se trata de un enfrentamiento social con sus intereses –también– sociales” (Valle Detry, 2011: 37). El motor principal de la acción es la construcción de una presa que supondrá la inundación de Aldeaseca.

A cambio de la pérdida del pueblo y de las tierras que les dan de comer, al campesinado se le ofrece un pueblo nuevo y unas tierras inservibles. En esta nueva aldea se incorporarán todos los avances técnicos propios de la clase media española: escuela, iglesia, casas grandes, luz, habitaciones amplias... Pero nada útil en la vida rural que ellos conocen. Por tanto, los intereses sociales por los que lucha el campesinado son la tierra y el pueblo, mientras que los ingenieros, en nombre del desarrollo, buscan la riqueza y el renombre despojando a los campesinos de sus bienes.

Se trata de un claro choque entre tradición y aspiración al progreso presentado con numerosas metáforas de manera recurrente a lo largo de toda la obra: “el arado contra el generador y la turbina” (López Pacheco, 1982: 55)², “la piedra contra la luz” (110), e incluso se apela al mito de Anteo³, identificando a Anteo con los campesinos, y al dios Heracles con la alta sociedad:

² A partir de este momento, para evitar reiteraciones, los pasajes procedentes de *Central eléctrica* se citarán en el texto únicamente haciendo referencia al número de página.

³ Según la mitología griega, Anteo –hijo de Gea, diosa de la Tierra– se enfrenta a los transeúntes de Libia para construir un templo con su padre –Poseidón– con los cráneos de sus contrincantes. En una lucha contra Heracles, este se da cuenta de su punto débil: lanzando a Anteo al suelo no podrá derrotarlo, ya que, debido a su parentesco con la Tierra renovará al contacto la fuerza transmitida por su madre. Descubre entonces que la única manera de que pierda su energía será separándolo de la tierra y asfixiándolo (López Pardo, 2005: 107).

–Me sorprendió también el mito de Anteo. Era un gigante invencible mientras pisaba la tierra... Toda la vida, toda la fuerza de la tierra ascendía por sus pies. ¿Se da cuenta? Invencible mientras pisaba tierra. [...] –¿Sabe lo que le pasó? Fue vencido por otro gigante, un dios, que le estranguló manteniéndole en vilo (142).

Viviendo por imposición en un mundo que les es completamente desconocido, los campesinos deben alejarse de la tierra para acercarse a pasos agigantados a una civilización totalmente ajena a ellos. El ganado, por falta de pastos, se convierte en dinero inservible, la rutina de trabajo en el campo desaparece al no haber tierras para trabajar. En definitiva, lejos de adaptarse a la nueva vida y al desarrollo, “lo que habían hecho con ellos era trasplantarlos de una época a otra, de la piedra al hierro, del arado al alternador. Realmente su situación era la misma que la de un clan prehistórico viviendo en medio de la civilización técnica” (137).

Si pensamos en las críticas que mencionábamos previamente, es interesante ver cómo el autor no busca que el lector simpatice hasta sentir lástima por la clase obrera atribuyéndole características definidas: lejos de presentarlos como víctimas despavoridas o personas con las que empatizar, los desarrolla de una manera realista. Son personajes muy atrasados, ignorantes y violentos que cuentan con costumbres primitivistas con las que es muy difícil simpatizar. Profundizaremos a continuación en las características de los personajes.

4.3.Sociedad en el ámbito rural

4.3.1. Alta sociedad, roles y estatus

Pese a que el foco de la obra está situado sobre la clase obrera, comenzaremos analizando la situación de la alta sociedad. Representada por ingenieros, jefes y altos cargos, se trata de un grupo consciente de tener un estatus superior al del resto del pueblo. Los campesinos se convierten a sus ojos en un medio de producción, en una sociedad miserable, manipulable y atrasada, poblada por “personas con miradas infrahumanas similares a las de los monos” (26). Son simplemente mano de obra barata, para la que “no hay necesidad de contratos ni seguros” (42) y cuyas vidas no tienen ningún valor.

Las numerosas muertes y accidentes laborales no significan nada, a menos que supongan pérdidas económicas para ellos, como vemos en esta conversación entre dos ingenieros tras la explosión del túnel de la construcción en la que fallecen varios

trabajadores: “—Una gran pérdida —dijo. —Sí —dijo el ingeniero jefe—. La excavadora costó más de medio millón de pesetas, no sé cómo habrá quedado” (177). En definitiva, la lucha entre clases se basa en la riqueza a la que cada grupo aspira. Por un lado, la vida tranquila basada en el trabajo en el campo, por el otro, la riqueza que implica el avance técnico.

Es interesante, desde el punto de vista técnico, observar que el autor no cae en una simplificación cuando se trata de la clase obrera, pero sin embargo se posiciona de su lado claramente al representar con cierta inquina a la alta sociedad. Los ingenieros y sus familias se definen como una sociedad “cada vez más montada sobre la falsedad y la influencia de la charlatanería que sobre el trabajo” (85).

A diferencia de la vida en Aldeaseca, donde el campesinado está considerado un conjunto homogéneo, en El Salto, con la llegada de las clases altas el grupo uniforme se escinde siguiendo un claro código de estatus. La caracterización de la clase alta se logra mediante el contraste con la clase obrera. En este caso el estatus se adquiere, por un lado, gracias al poder económico y, por otro, al nivel cultural. Este alto nivel supone también un control mayor sobre las decisiones sociales e incluso políticas que afectan al conjunto del pueblo.

El dinero y, por tanto, el nivel en la sociedad es descrito explícitamente como un bien que se transmite de generación en generación —al igual que la profesión de obrero—, pues es algo con lo que una persona nace y a lo que no podrá aspirar de otra manera. Pese al trabajo que los campesinos puedan realizar, y aunque puedan ascender de categoría profesional, nunca conseguirán llegar al puesto de “reina” en el panal de abejas que es el pueblo. Veamos cómo se presenta en la novela este contraste de herencias.

El clamor embotaba el oído, los ojos, embotaba el cerebro hasta que uno se hacía “obrero” para siempre, padre de “obreros”, aunque pudieran ascender de categoría profesional y social, mientras en el mundo, y hasta en el mismo panal, había “reinas” y “reproductores oficiales” y “guerreros”, seres atrofiados para ciertas funciones y magníficamente especializados para otras gracias a que no necesitaban ocuparse de sus necesidades vitales (244).

El puesto no se logra por méritos, sino que es algo con lo que se nace. Esto sucede en el caso de las clases más adineradas, donde el puesto de trabajo se va trasladando de generación en generación: “Heredó también, en lugar de dinero [...] la posibilidad de

ganarlo, y, en lugar de tierras, un puesto en la Compañía Española de Electricidad, gracias al interés que su tío tenía por él” (224).

Se trata de una sociedad, como mencionábamos, totalmente superficial. Sumida en una preocupación por las apariencias en un contexto de atraso e ignorancia, donde, sin embargo, las discusiones más importantes son “sobre el orden en que deben comerse la carne y el pescado, sobre los vinos más apropiados para cada plato, o, las señoras, sobre los vestidos o peinados de moda en la capital” (254).

El estatus se marca en el pueblo también gracias a ciertas prácticas reservadas según la categoría social a la que cada persona pertenece:

A media tarde, los obreros del Salto iban a Nueva Aldeaseca a bailar en el Gran Salón [...] A la misma hora, los empleados e ingenieros iban al Casino [...] No todos los empleados podían entrar en el Casino. Había una “junta” que admitía o rechazaba a los posibles socios. Se exigía un mínimo de “categoría” para ser admitido (182).

Para manifestar estas diferencias de nivel social el autor hace en numerosas ocasiones referencia a rasgos físicos que caracterizan el tipo de trabajo llevado a cabo. Vemos esto con las manos: el obrero sacude “su mano derecha contra el costado, desprendiendo una nubecilla de polvo, y cogió el cigarro entre sus dedos llenos de serrín y cemento, uno de los cuales tenía una uña negra a causa de un martillazo” (226). El ingeniero, sin embargo: “Miró su reloj de oro en la muñeca y dejó caer el brazo” (252). Se trata de una representación física de las consecuencias y frutos de dos tipos diferentes de trabajo. Siguiendo esta misma comparación, es interesante reparar en la ignorancia presente en una conversación donde varios obreros discuten sobre qué hora es en base a la posición de las agujas: “–El chico no debe de saber mirar un reloj [...] Hace unos meses estaba cuidando el ganado y en su vida había visto uno” (227).

Por otro lado, es interesante la diferencia entre las mujeres campesinas y las esposas de los ingenieros. Se trata de una relación de envidia y admiración, en la que las mujeres de ciudad trazan el camino del nivel y del estatus basándose en la moda, siendo así la guía y el icono de las campesinas. Un claro ejemplo es el momento de elección de vestido para la fiesta del pueblo, donde las mujeres de los ingenieros son las más imitadas debido a la categoría adquirida al haber encargado sus vestidos a medida en la ciudad. En un intento

de parecerse a ellas, las campesinas bordan sus trajes siguiendo el mismo patrón que estas mujeres, ya que “los vestidos debían ser caros, lujosos o, por lo menos, parecerlo” (207).

Tratan de reproducir a mano los vestidos de las mujeres más adineradas, creando una situación de verdadero conflicto en todo el pueblo, que en muchos casos silencia todos los demás problemas reales. Conflicto que llega incluso a los hombres, que son enviados a espiar a casas ajenas y observan con recelo a otros hombres en el Casino pensando en el traje que llevará su esposa. Las fiestas del pueblo son, en definitiva, una “ocasión para la vanidad femenina, aparentemente sin causa, pero justificada por el deseo de mejorar materialmente, transformado por ellas en una necesidad de aparentar poseer lo que realmente no poseían todavía” (207).

Por otro lado, existe a la vez entre los propios habitantes un código o norma social que garantiza la distancia entre ambos grupos. Podemos apreciar esto en los fragmentos en los que personas de los dos grupos comparten espacio. Por ejemplo, cuando la señora del miembro del Consejo despidió despectivamente con la mano a un camarero, y acto seguido, con una sonrisa, a un ingeniero (255). Este código se quebranta únicamente en un momento en toda la novela, tras la muerte de Ramos, el general de obras, en un accidente laboral: “Ella se abrazó a él [al obrero] gimiendo, débil, olvidada de cualquier norma o conveniencia social por la que le estuviera prohibido abrazarse a un obrero, siendo la esposa o la viuda [...] del encargado general de obras” (177).

Sin embargo, alejado de esta frivolidad, llama la atención entre los ingenieros el personaje de Andrés. Andrés es uno de los protagonistas, caracterizado por su humanidad y por ser uno de los personajes más desarrollados de la novela. Sus reflexiones desde la perspectiva de un ingeniero serán un punto clave en el transcurso de la acción, en la que él mismo se cuestiona la legitimidad de la imposición de la civilización en una sociedad tan sumamente atrasada. Su pensamiento crítico y las dudas e ideas que parecen querer calar en el lector aparecen casi de manera explícita en una conversación que mantiene con Martín, el maestro de Nueva Aldeaseca:

¿Se enteró usted ayer de que se están marchando muchos hombres? Les hundieron su verdadero pueblo y sus verdaderas tierras, y a cambio les dieron trabajo en la presa. Pero el trabajo ha durado ocho años y ya no tienen pueblo ni tierras. El pueblo blanco que les construimos no les vale, no es el “suyo”. Y las tierras son

incultivables. Pero, a cambio de esta situación, ya lo vio ayer, les hemos dado luz eléctrica y unas cuantas condecoraciones. Y encima nos permitimos encarcelarles por lo que nosotros consideramos, con arreglo a nuestras leyes y a nuestra idea de la justicia, un espantoso crimen. No sé, pero me parece que esto no es exactamente la civilización (294)

Andrés es consciente del valor que las tierras tienen para los campesinos, para los que perder sus tierras “es perder media vida” (322), mientras que sus compañeros mantienen que “no perderá nada el mundo porque estos pueblos desaparezcan bajo las aguas del embalse” (27) y continúan trabajando en nombre del progreso sin importar las consecuencias y pérdidas tanto en bienes del pueblo como en vidas humanas que ello pueda tener.

Reflexiona también sobre lo injusto que es trasladar costumbres propias de la “civilización” al pueblo, donde mantienen hábitos primitivistas. Cuentan con su propio concepto de la justicia, en el que jueces y abogados son impensables y, sobre algo que se considera digno de juzgar, prima la violencia. Volveremos a esto más adelante.

4.3.2. Campesinado: protagonista colectivo

La novela cuenta con un protagonista colectivo: la sociedad rural. Este protagonista está formado por familias sumidas en un sistema de autoabastecimiento. Así, la familia campesina como conjunto forma una unidad básica de producción, que es el principal sustento de la economía. Los personajes son representados como parte de un colectivo en el que ninguno goza de mayor protagonismo que otro. Como ya hemos mencionado, se trata de una característica importante en la tendencia de la novela social. Otro ejemplo muy similar al de *Central eléctrica* sucede en *Los bravos*, novela escrita por Jesús Fernández Santos y publicada en 1954. En ella algunos de los personajes no tienen nombre propio, sino que son nombrados por la función que cumplen en la sociedad: “el médico” o el “viajante”. El resto de los personajes tendrán nombres comunes y muy difíciles de recordar por el lector, ya que la importancia está en el sujeto colectivo que componen.

En el caso de *Central eléctrica* sucede exactamente lo mismo. En palabras de Sevilla Guzmán, la familia campesina “es una unidad de producción y consumo basada en el trabajo familiar, siendo la actividad principal de sustento el cultivo de la tierra y/o

la cría de ganado” (1983: 44). Dado que toda la sociedad rural trabaja dentro de este sistema autárquico, el rol del trabajo será un punto central para la identificación y la solidaridad social, que funcionará como distintivo base de clases, y en el que se insistirá a lo largo de toda la novela. No existe esa distinción o destaque de ningún personaje hasta las páginas finales de la obra, donde se dan nombres y apellidos de todos los campesinos que trabajaron en la construcción (304). Hasta ese momento, funcionan como un colectivo:

Trabajan en sus parcelas los hombres de Aldeaseca, junto a sus mujeres e hijos. Trabaja Gervasio y al lado su madre, una mujer vieja, seca, cuya piel es ya de tierra, rojiza y arrugada, que no deja de hablar mientras clava y desclava la azada. [...] Los niños más pequeños quitan las piedras y los cardos. Trabajan todos (37).

Los propios habitantes de Aldeaseca son conscientes de su papel en la comunidad en la que viven, y cuentan con una conciencia colectiva que constituye una homogeneidad entre todos los campesinos, donde no existe diferencia de clases y, por tanto, no existen apenas conflictos a nivel social.

Un personaje clave en este punto es El Cholo, que “les roba a todos, se ríe de todos y todos le tienen miedo” (24). Se trata del único hombre conflictivo del pueblo, cuyo problema nace precisamente de la falta de integración en la sociedad tan homogénea y cohesionada en la que vive. El Cholo, lejos de participar en el trabajo comunitario, roba a sus vecinos y se acuesta con todas las mujeres del pueblo. Este distanciamiento de los valores tradicionales es lo que le lleva a la muerte. Una muerte en la que el asesino no tiene nombre, ya que el culpable es, una vez más, un personaje colectivo. Se trata de un apunte acentuado en numerosas ocasiones: “[...] e insistiendo en que fue todo el pueblo, pues a pesar de haber dado nombres, él recuerda que fueron muchos los que tiraron piedras y golpearon con azadas y picos” (65), “un pueblo entero contra un hombre. No se podrá hallar el culpable” (71).

Sin embargo, El Cholo no es más que un campesino que no es partícipe de ese sentimiento de unidad. Al quedar fuera del colectivo, no es aceptado en el pueblo. Sin embargo, se trata más de un problema a nivel personal que social. Manuela reflexiona más adelante y se da cuenta de que los conflictos reales no aparecen entre los propios campesinos que comparten pueblo, sino entre ellos y los que intentan acabar con su estilo

de vida: “Más debimos apedrear a los ingenieros que al pobre Cholo, pues, al fin de cuentas, era uno de nosotros” (92).

Destaca Sevilla Guzmán una de las características principales del campesinado recogida por Robert Redfield. Menciona que es base en la sociedad rural

su interdependencia con la “otra sociedad y cultura”, con la que mantiene “una relación de *status*” que toma distintas formas a lo largo de la historia y que se concreta en una forma de subordinación a la élite externa, con quien mantiene una relación de “gobernador y gobernado o explotador y explotado” (1983: 36).

Sin duda un punto central en la novela, donde, como ya hemos mencionado y comentado, existe una clara relación de poder entre ingenieros y campesinado.

4.3.3. Campesinado y naturaleza

Existe, además, una fuerte relación de interdependencia entre el campesinado y la naturaleza, que funciona como constante simbólica a lo largo de toda la obra. Es interesante desde el punto de vista estilístico y literario analizar la utilización de la personificación en la naturaleza con el fin de acercar todo lo relacionado con el campo a la sociedad campesina como si se tratara de uno más de ellos. Desde las primeras páginas de la novela, López Pacheco se encarga de dar voz a unos personajes que defienden la tierra como una más de su familia, unas tierras que ellos “hacen parir todos los años” (15) y que constituye su única riqueza.

La lluvia, la tierra, las labores y el río son los “temas eternos” (99) en torno a los que gira la vida en Aldeaseca y, como hemos mencionado, el autor se encarga de establecer un vínculo aún más fuerte entre la naturaleza y el hombre mediante recursos estilísticos.

Para Gervasio, como él menciona explícitamente, “tierra” significa mucho más que “mujer” (99). El valle se inunda y “sus tierras, la tierra que era la mujer de todos, la mujer de cada uno de ellos, se ahoga debajo del agua, se asfixia pidiendo inútilmente aire y sol y vida. Están muriendo [...] miles de espigas cargadas, hijas de sus manos y de su tierra” (105). El campo no se presenta únicamente como un medio de producción, sino que está integrado en la vida diaria adquiriendo una importancia al nivel de las personas.

El campo es esposa e hija, el campo sufre, grita y muere. Perder el campo es como perder una parte de su propia familia.

La cosecha es personificada por los propios campesinos, que le atribuyen cualidades propias de un ser humano: “[cada cosecha] tiene un carácter: traen alegrías, fiestas, como los hijos fuertes y trabajadores, o traen tristeza, lutos, como los hijos que nacen enfermos o que se echan a perder” (106). La evolución de la cosecha es igual de importante que el crecer de un hijo.

Los campos se dotan de sentimientos, se convierten en seres animados. Estas personificaciones, sin embargo, no aparecen solas en el texto, sino que se complementan con apóstrofes. Los personajes interpelan a la naturaleza, acabando con las diferencias entre seres racionales e irracionales. Ejemplo de esto es el río, que

siempre había estado allí, con su andar, peligroso para los mozos que se echaban al agua confiando demasiado en sus brazos; confidente de las mujeres que lavaban en sus orillas, inclinadas sobre él, como escuchando sus palabras llenas de tiempo, como hablándole ellas de sus propias penas repetidas; bienhechor de los campos y amigo del pueblo (114).

Las numerosas personificaciones intensifican la interrelación y la sensación de dependencia entre naturaleza y humanos. Sin embargo, es muy interesante analizar la evolución de este recurso literario una vez que el campo queda bajo el agua y la central comienza a tener forma. Poco a poco, el ruido de los alternadores se va integrando en la naturaleza:

Aquel ruido continuado, subterráneo, lo llenaba todo. Nacía de la tierra acaso. Más que el ruido producido por los alternadores, parecía el de las raíces absorbiendo vida de la tierra húmeda, el de la savia al ascender por los troncos, enormemente amplificado por la resonancia del valle. [...] Los niños lo oían también, acostumbrados a él como a una manifestación de la naturaleza (121).

La construcción se comienza a fusionar con la tierra, y se compara su ruido con el de la savia que corre por los árboles. La naturaleza verde se comienza poco a poco a teñir de plateado: “Sobre el horizonte, se recortaban ahora las columnas metálicas de la estructura. Un bosque de hierro de color purpurina. Los aisladores de porcelana blancos y negros parecían extraños frutos de aquel bosque extraño” (186).

El entorno rural se transforma en industria, que será el nuevo medio de trabajo de los campesinos. Vivirán completamente integrados con esta nueva realidad que se muestra igual de impredecible que la naturaleza. Mientras que el río se presentaba como “confidente de las mujeres”, el agua que sale al romper la presa es un nuevo río, pero esta vez es “un agua furiosa que rodea la central” (231), agua que “parecía escindirse en garras que arañaban la central y trataban de asirse a la pared vertical del valle” (232), un agua “libre por primera vez desde tantos años” (233).

La emoción que sentían los hombres al trabajar el campo es la que sienten ahora al ver la central, que sustituye con el tiempo a lo que era la tierra. Menciona Patricio, obrero en la central: “la he visto nacer, he trabajado con mis manos para que crezca, he visto morir muchos hombres en ella... y, además, este ruido, esas luces, ahí abajo. Créame, es algo especial” (284).

El pueblo acaba por aceptar su futuro en la central eléctrica y se siente orgulloso como lo hacía con sus cosechas. El rencor y el odio que sentía hacia la construcción al comienzo de la novela desaparece paulatinamente. Al principio, la naturaleza era fuente de vida y trabajo; sin embargo, tras la construcción de la central, esta toma el mismo valor que tenían las tierras. Fruto del esfuerzo del campesinado, López Pacheco convierte a la construcción en una nueva naturaleza: “Los altos transformadores, de formas vegetales y minerales a la vez, están en el centro de aquel bosque de árboles pintados de purpurina, unidos entre sí por rectas amas de metal y por las lianas de los cables eléctricos” (288).

4.3.4. El papel de la mujer

Una de las constantes sociológicas principales en la novela es la diferenciación de rol entre el hombre y la mujer dentro del campesinado. Este contraste en actitud y actuación implica una distinción entre las posiciones que ambos grupos toman, donde la mujer es, indudablemente, la más perjudicada. Veamos esto en la primera aparición de una mujer en *Central eléctrica*:

La mujer está sentada junto a la puerta, con el niño en la espalda, sujeto con una manta estrecha que lleva atada a la cintura, haciendo calceta sin mirar, automáticamente, con la lana pasada por el cuello. [...] La mujer sigue haciendo calceta. El niño empieza a llorar. La mujer se balancea de un lado para otro sin dejar de mover las cuatro agujas. —¿Y la comida? Sácanos vino a mí y a Juan, venga—. La

mujer de Emilio se levanta, deja su labor sobre el taburete [...] y entra en la casa. [...] Mientras les llena los vasos el niño le pega en la nuca. La mujer no le hace caso. De pronto coge la garrafa con una sola mano y con la otra le da un golpe en la cabeza. El niño empieza a llorar rabiosamente, agitando las manos. La mujer llena el vaso a su marido, deja la garrafa sobre la mesa y sale silenciosamente (16).

Se trata de un pasaje que describe a la perfección el papel que toma la mujer en la sociedad campesina: responsable de procrear, de las tareas del hogar, del cuidado de los niños y de las labores del campo, subordinada al poder del hombre, la mujer se ve totalmente anulada y apartada de la vida social y lúdica. Apunta Gabriel Bureba que “[la mujer] también es una mano de obra más, aparte es un objeto de placer sexual para el marido. [...] La mujer en este contexto rural, tiene asumido, de una forma manifiesta, su destino personal, por ello proyecta la felicidad, que ella no obtuvo, en los hijos” (2005: 207).

El rol que asume es el de cumplir funciones: cocinar, satisfacción sexual, cuidados y niños. En caso de que este patrón no se cumpla, será el hombre el encargado de restablecer el orden, como es el caso del campesino Emilio, cuando llega a casa y se encuentra a su mujer ebria en el suelo: “Te voy a partir las costillas si vuelves a emborracharte y a... Todas las mujeres sois igual” (31).

Condenadas al silencio y a asumir el papel que les es dado; mientras que las cualidades de la fortaleza física, impulso espiritual y posesión de la Palabra y el Saber están en el campo masculino, la mujer es caracterizada por su pasividad y hermeticidad hacia lo consciente (Guerra-Cunningham, 1986: 4). Esto es una constante a lo largo de toda la novela, donde el hombre realiza todo esfuerzo físico, tiene la palabra y la razón y defiende que la mujer no puede trabajar el campo, ya que “no es cosa de mujeres” (51). La mujer, sin embargo, asume su papel de ama de casa y en ningún momento pone en duda las palabras del marido.

Sin embargo, no se ve desfavorecida únicamente la mujer campesina trabajadora. En el caso de las esposas de los ingenieros, su situación es similar. Ellas no son responsables de las tareas del hogar, ya que cuentan con criadas, pero sin duda su vida gira en torno a la de sus esposos, y la posibilidad de salir de los límites de su pueblo está únicamente guiada por el cambio de trabajo de su marido, que implica una mudanza de

la familia completa. No obstante, estos cambios de ciudad suponen para ellas una desestabilidad emocional innecesaria, como se hace explícito sobre Charito, quien

comprendía a su madre, su peregrinaje detrás del marido, el dolor de dejar atrás las casas vacías, llenas de vida, para llegar a otras casas vacías que se irían llenando de vida y muebles también, de ese imperceptible olor amoroso que dejan los hombres en las habitaciones que ocupan durante años (281).

Como recoge Benjamín García Sanz (2004: 107), esta dependencia del marido y la presión de tener que emigrar con él impuesta desde la sociedad supone que la mujer no pueda desarrollar su propio trabajo al margen de las tareas del hogar.

Del mismo modo sucede con las campesinas: mientras los hombres están en la central, no pueden abandonar el pueblo, ya que deben dedicarse a la comida, a la familia y al poco ganado que queda en el campo, y siempre estar pendientes del bienestar de los hombres: “Tocaba la sirena y entraban a trabajar. Volvía a tocar, y salían. Las mujeres les traían la comida desde el pueblo y la comían con ellas, sobre la tierra, sin tiempo casi para terminar” (137). Se trata de una vida dedicada exclusivamente al bienestar de la familia y, concretamente, del hombre.

Las mujeres son presentadas como víctimas del trabajo y de su situación, a lo que se hace referencia en varias ocasiones aludiendo a su mirada, rota y perdida: “Sus ojos, estúpidamente hinchados y enrojecidos, vuelven a clavarse en el horizonte puro, extraño, más allá del cual ella no ha estado jamás, y que quizá sea el final de todo este luchar contra el cielo sin agua y la tierra sin pastos” (21); o “Sólo se ven mujeres sentadas ante algunas puertas haciendo calceta, con sus niños a la espalda casi todas, con su mirada perdida delante” (19).

La desigual situación de la mujer es un tema que funciona como constante literaria en las novelas del realismo social, como es el caso de *Entre visillos* de Carmen Martín Gaité, ganadora del premio Nadal en el año 1957 –precisamente mismo año en el que *Central eléctrica* se presenta al premio—. Se trata de una novela en la que se realiza una profunda crítica del modelo social y la presión bajo la que se encuentran las mujeres en la España, en este caso, de posguerra.

En la mayoría de los casos, la mujer a los ojos del hombre no es más que un objeto sexual. Un buen ejemplo de esto es El Cholo, que explícitamente le hace saber a su mujer que siente asco, desprecio y odio hacia ella, y sin ningún reparo se acuesta con todas las mujeres casadas del pueblo. Del mismo modo, Emilio, un campesino, degrada a las mujeres hasta compararlas con gallinas, infiriendo que mientras los hombres trabajan El Cholo roba a las mujeres como si fueran animales para acostarse con ellas. Menciona sobre su esposa: “ya sé por qué quiere ella que yo me esté matando aquí con estas máquinas del diablo” (51), dando a entender que su esposa no hace más que mantener relaciones sexuales con otros hombres mientras él está trabajando.

Por otro lado, los trabajos a los que optan las mujeres son muy limitados, principalmente como criadas y en servicio doméstico, e incluso en estos casos ellas mismas funcionan como un símbolo de estatus y poder para las familias de clase más alta. Como vemos, en todos los casos las mujeres toman el papel de “mujer objeto”. Sucede esto con el personaje de Vitorina, a la que la señora del ingeniero jefe echa de su puesto de trabajo como criada simplemente porque contrató a una cocinera y dos doncellas de la ciudad, que le sirven para “presumir” (162).

4.3.5. Atraso ético y material

4.3.5.1. Moral, justicia y costumbres

En las sociedades campesinas es destacable la importancia del orden social regido por experiencias y costumbres capaces de crear unas normas que serán las que determinen la cultura. Estas normas marcan la pauta del comportamiento válido, en este caso, de la comunidad campesina. La adaptación a ellas supone una buena convivencia en sociedad y, en caso de que las normas no sean acatadas, conllevará un rechazo colectivo por parte del campesinado (Bureba Matilla, 2002: 175), como es el ya mencionado caso de El Cholo.

Debido a la limitación de conocimientos procedentes de fuera del entorno rural, la cultura es muy cerrada y, por tanto, será el propio colectivo el encargado de establecer una norma y de crear una justicia que rija sobre sus propios habitantes. La ignorancia y la falta de un flujo externo de información suponen una falta de ética y moral en las normas y en el concepto de justicia que rige en las sociedades campesinas.

Del mismo modo, y en base también a esta falta de información exterior, es interesante reparar en las numerosas prácticas primitivas y antihigiénicas que existen en el pueblo, como la forma de preparación de las “sopas espurriadas”, cuyos ajos se mastican en la boca antes de echarlos en el caldo, o la costumbre de limpiar las casas cubriendo el suelo de tierra con una capa de excrementos frescos (30).

Aparece de nuevo un reflejo del sentimiento de extrañeza y atraso por parte de la población que visita el pueblo y que conoce un mundo fuera del rural, que define las costumbres de la “masa salvaje” como “prehistóricas y poco higiénicas” (46). La construcción de escuelas no encaja en las ideas campesinas, ya que la importancia recae en el aprendizaje de prácticas como el arado o el sembrado, prácticas que no se enseñan en el colegio (97). De igual modo, lo más importante que ven en la iglesia y en la escuela es su tamaño perfecto para ser utilizados como pajares; sin embargo, se les prohíbe utilizarlos como tal (136).

Por otro lado, la violencia será una constante ante situaciones que se alejen de lo socialmente aceptado. Es interesante observar cómo aparece de manera diferente en hombres y mujeres: mientras que la violencia física predomina como defensa en los hombres, la violencia de las mujeres –en muchos casos basada en la envidia– impera en la palabra y “el cotilleo”.

Si comparamos la novela con otras obras de la misma tendencia, es muy interesante reparar en la ausencia de la religión como elemento guía de bondad y buena conducta. Dado que la mayor parte de la novela social está ambientada en los años posteriores a la Guerra Civil, la influencia de la religión católica en la sociedad aumenta considerablemente.

En este caso no existe la figura de la iglesia como elemento relevante, a diferencia de las novelas ambientadas en la posguerra, como es el caso de *El camino* de Miguel Delibes, donde existe el cura como figura conciliadora y representante del poder moral. En este caso, en cambio, las costumbres no siguen ninguna guía de orden social o principios morales a respetar, sino que son creadas por los propios campesinos sin ningún tipo de límite. Observaremos a continuación algunos ejemplos de cómo se aplican estas costumbres en Aldeaseca.

El primer contacto entre el lector y la violencia surge con la llegada de los ingenieros a Aldeaseca en el momento de negociar por primera vez la construcción de la central eléctrica. Los campesinos, al verse amenazados por personas externas a su sociedad y, más aún, sabiendo que sus intenciones son acabar con su pueblo y sus tierras, arremeten a pedradas contra el coche de los ingenieros. Menciona el ingeniero Martínez: “Nos recibieron a pedradas, una lluvia de piedras que no sé cómo no rompió todos los cristales del coche. Debía de ser el primero que veían en su vida” (43).

Por otro lado, un punto clave de la novela en torno al que radica el dilema de la diferencia de percepción de la justicia en la aldea y en la civilización es el asesinato de El Cholo. El crimen, como hemos mencionado, tiene lugar debido a la falta de cumplimiento de las normas sociales establecidas por la comunidad. Ante esta situación, el conjunto del pueblo se arma de piedras y palos y golpean hasta la muerte al hombre.

Él, sin embargo, como parte de la sociedad campesina, es consciente de que ese es el tipo de justicia aceptado y empleado en el pueblo, se trata de una respuesta natural: “[El Cholo] Sabía que todos estaban armados de azadas y picos, de hoces y piedras [...] Eran enemigos, y esto le parecía natural, no era contrario a su vitalidad salvaje” (62).

El cadáver del hombre aparece totalmente deformado e incluso con partes de su cuerpo amputadas. A causa del crimen el pueblo es juzgado en base a la justicia de la “civilización”, totalmente desconocida para ellos. Los ingenieros son conscientes de que el concepto de legitimidad no es el mismo para ellos que para los campesinos, e incluso mencionan que lo mejor para ellos y sus costumbres sería una justicia natural: “que los juzgaran las piedras o la tierra que ellos trabajan [...] Sí, algo así: la justicia del río, o mejor, la purificación larga de sus aguas, cubriendo hasta el techo más alto del pueblo” (64).

Otro ejemplo de esta violencia es el intento de los campesinos, desesperados por su situación, de luchar contra los ingenieros. En este caso le prenden fuego al edificio de la Dirección, vengándose de haber perdido sus cosechas bajo el agua y de tener ahora un pueblo con tierras incultivables (113). Como vemos, se trata de un sistema de justicia que sigue las mismas bases que el utilizado por la sociedad avanzada. Un sistema asentado en el castigo, pero debido a esta falta de ética y moralidad, se trata de castigos crueles y

violentos, con mayores o menores consecuencias según haya sido el delito o mal cometido⁴.

Ante esta situación aparece una nueva reflexión de Andrés en base a la diferencia entre la civilización y la sociedad sumida en el atraso, donde razona sobre el asesinato y la justicia, sobre la culpabilidad del culpable y sobre cómo el crimen simplemente es una manera más de lograr que se respeten sus normas:

su asesinato no es más que una forma primitiva de justicia, es una pena de muerte ejecutada colectivamente [...] No hay tanta diferencia entre nuestros juicios y condenas y lo que esos campesinos hicieron. Simplemente, un problema de tiempo. Ellos se han quedado detenidos en formas de vida muy antigua; nosotros hemos seguido avanzando (289).

4.3.5.2. Atraso material

Un aspecto crucial a lo largo de la novela, además de las formas de cultura primitivas, es el atraso material en el que la población campesina está sumida. De nuevo, se trata de una forma de presentar un contraste entre el progreso de la civilización y el atraso del campo, cuyos habitantes se muestran totalmente aterrados ante el cambio y el avance técnico. Pese a que el mayor rechazo del pueblo sea ante la idea de la luz eléctrica, los primeros indicios de esta ignorancia al progreso material aparecen en las primeras páginas de la novela, como cuando Anastasia, ante las explicaciones de cómo hacer café, reacciona con “el rostro plano de asombro, de temor ante lo desconocido” (30).

Uno de los personajes recurrentes y más peculiares de la novela es el Tío Muelas, que funciona como vínculo entre el Salto y Aldeaseca, es decir, entre civilización y pueblo rural. En sus viajes semanales acerca a la población campesina al avance material que se vive en El Salto, de donde trae “las cosas más extrañas e inútiles para los campesinos” (77). Objetos como gafas de sol funcionan como un medio que López Pacheco integra con humor para establecer un fuerte contraste entre ambas civilizaciones con la ayuda de diálogos como el siguiente, en este caso protagonizado por el Tío Muelas: “¿No me compráis unas gafas de sol? Para segar van muy bien—. Juan mira al otro campesino y de

⁴Las reacciones son igualmente violentas al tratarse de situaciones de importancia mínima, como es el caso de Emilio, que amenaza a su esposa con partirle las costillas por haber bebido alcohol (31).

pronto estallan los dos en carcajadas. – ¿Me imaginas segando con gafas? – dice—. Al sol hay que mirarle de frente, sin cristales” (77).

Debido a la cohesión y a los ideales que constituyen la homogeneidad de la sociedad campesina, es común que esta lucha por el avance técnico esté motivada por el miedo a romper la cultura característica de la comunidad que, como menciona el antropólogo Eric R. Wolf,

adquiere una estructura de corporación, una duradera organización de derechos y deberes a observar por cada miembro; y suele tender a la lucha contra innovaciones o cambios por considerarlos otras tantas amenazas potenciales contra el orden interno que permite su mantenimiento y cohesión (1971: 114).

Sin embargo, la amenaza más importante en la sociedad de Aldeaseca es la luz eléctrica. Se trata también de la metáfora principal de la novela, que representa el progreso que trata de ser implantado a la fuerza en Aldeaseca. Esta luz es definida por los protagonistas como una creación “del demonio” y peligrosa por su separación de la naturaleza: “Su cerebro no podía admitir que aquel hecho extraño se realizara sin peligro: tocar en un aparato que está en una pared para que se encienda una cosa (“lámpara”, “bombilla”) que está en el centro del techo [...] Sentía miedo y no trataba de justificarlo” (166).

Es interesante el vínculo que existe respectivamente entre luz eléctrica y alta sociedad, y candelabros y campesinado. Mientras que en las casas de los ingenieros existe ya la electricidad, las criadas prefieren y optan por encender candelabros ante el miedo a lo desconocido, como es el caso de Vitorina, que se muestra aterrada por los “chismes” de la luz (168). Funciona incluso como un símbolo de valor y atrevimiento entre los hombres, que apuestan entre ellos para ver quién es capaz de presionar antes el interruptor: “Tío Cano tiene miedo, prefiere no tener que tocar el interruptor. Se ha alegrado al ver encenderse la luz de candil en una casa” (336).

Desde el punto de vista de los ingenieros, no obstante, el hecho de haber implantado la luz eléctrica supone un gran avance y un paso más hacia el progreso, sin tener en ningún caso en cuenta la cultura rural. Se implantan bombillas e interruptores y se organiza una celebración de la llegada de la luz eléctrica, que es, sin embargo, un ejemplo más de una práctica cultural ajena a la vida rural, en la que los campesinos se sienten impresionados, pero también confundidos:

No saben ellos el sentido de todo lo que está ocurriendo, pero se han vestido de domingo y se han reunido en la plaza. Unos a otros se han dicho y se dicen “que van a venir las autoridades”. Tampoco significa esto mucho, ellos no han visto jamás a un representante del Gobierno. Pero les impresiona, como todo lo desconocido, y, al mismo tiempo, lo temen (324).

Una vez más, Andrés es el único personaje capaz de razonar en base a las culturas de ambos grupos, realizando ahora una crítica general a la idea errónea que impera sobre el progreso, que es un concepto totalmente desconocido entre la sociedad campesina: “Tener luz puede no significar nada. No se le da la luz a un pueblo sólo con hacer llegar a él la electricidad y con instalar bombillas e interruptores en todas las casas [...] Necesitan también interruptores dentro del cerebro. Necesitan ser hombres del siglo XX” (293).

Finaliza la novela con un párrafo muy significativo: “De todas las casas del pueblo sale ya una luz amarilla que tiembla y llega a las calles casi muerta [...] Nueva Aldeaseca avanza entre la noche, con sus luces de candil, esperando un día nuevo que le traiga una nueva luz” (336-337).

La implantación de la luz eléctrica no significa nada en la ansiada búsqueda de progreso entre la sociedad rural. Lejos de haberse acercado a él, han perdido su pueblo y sus costumbres, y tratan de adaptar todo lo que ya no tienen a su nuevo entorno: la rutina de trabajo del campo es sustituida por el trabajo en la central y el pueblo se sigue iluminando con candelabros, ignorando la electricidad.

5. Conclusiones

La tendencia del realismo social permite que novelas como *Central eléctrica* funcionen como base para la realización de un análisis sociológico de España, en este caso, de la España rural previa a la Guerra Civil. Los personajes que aparecen en la novela son prototípicos y representan la forma de vida y visión del mundo de un gran grupo de población que habita y trabaja en el campo, sin apenas conexiones con la sociedad externa a ellos, donde las normas sociales son creadas en base a las costumbres del conjunto. No existe un personaje protagonista, sino que la importancia y el foco, como sucede en toda

la tendencia realista-social, está en esta unidad que lucha por sus costumbres y sus derechos contra la imposición del progreso.

Existe, por tanto, una clara crítica en la novela no a la actuación de una persona concreta, sino a un sistema de progreso que acaba perjudicando a los grupos de población más indefensos –en este caso, al grupo más ignorante y sin acceso a la cultura–. Además, es interesante relacionar la intención del autor de reflejar su visión del mundo y el contexto biográfico del mismo, al igual que las constantes sociológicas que aparecen en los personajes, reflejo generalizado del entorno real del autor. Se trata de una sociedad formada por dos grupos principales que funcionan como opresores y oprimidos. Estas categorías son aplicables, como vemos, a los años previos a la Guerra Civil, a los años de vida del autor, y siguen existiendo hoy en día. Por tanto, se trata de una novela, en cierto modo, atemporal. Igualmente, la intención del autor es expuesta de manera explícita mediante la humanización del personaje de Andrés. Existe, además, dentro de esta sociedad, una importante diferencia de roles entre los distintos sexos, siendo en todos los casos la mujer la más perjudicada.

En cuanto al modo de narración, es notable la diferencia de lenguaje y estilo según la función que el autor busca cumplir. En los pasajes ambientados en un entorno familiar y de trabajo prima la utilización del lenguaje cotidiano, con diálogos imitando una manera específica del habla de las zonas menos instruidas, buscando así ser un reflejo de la sociedad del ámbito rural. Sin embargo, a la hora de describir el ambiente y paisaje en el que convive esta sociedad, las descripciones se llenan de figuras poéticas, de metáforas que intensifican la belleza del entorno.

6. Bibliografía

- Bureba Matilla, Gabriel (2002). *El ámbito rural de la postguerra española a través de la novela (1939-1962)*. Madrid, Universidad Complutense de Madrid.
- De Vicente Hernando, César (2011). “El realismo social en las revistas culturales comunistas de posguerra (una lectura sin conclusiones)”. *Revista de Crítica Literaria Marxista*, no. 5, pp. 21-29.
- Durán de Cogan, Mercedes F. (1985). “Conversación con Jesús López Pacheco”. *Revista Canadiense de Estudios Hispánicos*, vol. 10, no. 1, pp. 33-42.
- Eiroa San Francisco, M. (2012). “Prácticas genocidas en guerra, represión sistémica y reeducación social en posguerra”. *Hispania Nova: Revista de Historia Contemporánea*, no. 10, pp. 1-12.
- García Sanz, Benjamín (2004). “La mujer rural en los procesos de desarrollo de los pueblos”. *Revista del Ministerio de Trabajo e Inmigración*, no. 55, pp. 107-120.
- Guerra-Cunningham, Lucía (1986). “El personaje literario femenino y otras mutilaciones”. *Hispanamérica*, vol. 15, no. 43, pp. 3-19.
- López Pacheco, Jesús (1982). *Central eléctrica*. Barcelona, Destino.
- López Pardo, Fernando (2015). “Tingentera, Tingi y el mito de Anteo”. *Gerión*, vol. 33, pp. 105-113.
- Martín, Salustiano (2003, 2004). “El difícil tiempo de su vida. La obra poética de Jesús López Pacheco”. *Diablotexto. Revista de Crítica Literaria*, no. 4, pp. 494-500.
- Montagut, Eduardo (19 de julio, 2017). “Mentalidades enfrentadas en la segunda república”. *Nueva Tribuna*. Recuperado de <https://www.nuevatribuna.es/articulo/historia/mentalidades-enfrentadas-segunda-republica/20170919182923143526.html>.
- Sevilla Guzmán, Eduardo (1983). “El campesinado: elementos para su reconstrucción teórica en el pensamiento social”. *Agricultura y Sociedad*, no. 27, pp. 33-79.

- Sobejano, Gonzalo (2003). "Narrativa española 1950-2000: La novela, los géneros y las generaciones". *Arbor*, CLXXVI, no. 693, pp. 99-114.
- Soldevila Durante, Ignacio (2011). "Jesús López Pacheco (verídica "Novela de emigrante")". Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes, cervantesvirtual.com/obra/jesus-lopez-pacheco-veridica-novela-de-emigrante/. Fecha de acceso 01 de abril de 2020.
- Sordo, Enrique (1978). "La novela española contemporánea". *El Ciervo*, no. 326, pp. 37-40.
- Swyngedouw, Erik (2015). *Liquid Power: Contested Hydro-Modernities in Twentieth-Century Spain*. Cambridge, The MIT Press.
- Valle Detry, Mélanie (2011). "Pasado, presente y futuro del realismo social. Un acercamiento brechtiano". *Revista de Crítica Literaria Marxista*, no. 5, pp. 31-46.
- Wolf, Eric R. (1971). *Los campesinos*. Barcelona, Labor.